

2/905 281254 7

ALZAR

Literatura - arte.

DIRECTOR:
A. Gómez Latorre

REDACTOR-JEFE:
J. Méndez Herrera

REDACTORES:
José A. Lafuente,
E. Lices y Turiño,
E. Otero y Magro
y Herminio Moya.

AÑO II - Núm. 7 || Redacción y Administración: MANZANA, núm. 5 || Ejemplar 20 cts.
Madrid, Mayo 1935

FIGURAS DEL ROMANTICISMO

SCHILLER

Por JOSE MENDEZ HERRERA

Transcurría la época en que la ingente figura de Federico el Grande ocupaba por entero el plano de la historia. Gastábase la segunda mitad del siglo XVIII, periodo que marca un verdadero renacimiento en Alemania, la Alemania quebrantada por dos centurias de luchas intestinas y exteriores.

Federico II supo alternar el manejo de la espada con su amor a las letras, a las que prestó el apoyo de su decidida protección. Y aquel que supo arrancar a la Casa Brandenburgo los principados de la Silesia, el que obligó a María Teresa a cederle el condado de Glatz por el tratado de Breslau, quien invadió la Moravia y la Bohemia y derrotó a sus enemigos en Rosbach, en sus treguas pacíficas, cuidaba de rodearse de aquellas gentes de significación cultural extraordinaria que pudieran dotar a su figura, en la posteridad, de un halo espiritual. Alemania luchaba entonces por encontrar un lenguaje puramente suyo, con el que modelar las imágenes nacidas de su propia personalidad, y Federico — gran amigo de Voltaire — mostraba tendencia hacia la cultura francesa, cuya influencia había de dejarse sentir pronto en dos de las más grandes figuras del romanticismo: Goethe y Schiller.

El 10 de Noviembre de 1759, poco más de diez años después que el triunfador de Weimar viera la luz, nació en Marbach (Württemberg) el gran genio Juan Crisóstomo Federico Schiller.

Sin duda aquel día todas las hadas de las leyendas germanas, las buenas hadas hijas del Rhin y del Danubio, que dormían calladas a la sombra de los abetos o jugueteaban en los torrentes bulliciosos, y triscaban en los valles rientes y salvajes, y se bañaban en las orillas del Neckar, acudirían presurosas entre las terrazas arboladas, sobre las numerosas fortalezas feudales de los burgos de Hohenzollern y Hohenstaufen, a dejar su grano de espíritu inmortal sobre la frente del recién nacido. Acaso las aguas del río legendario apresuraran su correr con magno bullicio, presintiendo la aurora que nacía de nuevo en la historia literaria de su patria, y tal vez las frondas de la Selva Negra agitaran sus penachos en fiesta de gala.

Muy pronto tuvo Schiller que padecer la educación filosófica de sus padres, quienes, cada cual al dictado de su carácter, trataban de modelar su espíritu de acuerdo con sus sentires interiores. De una parte su padre, capitán de caballería, con la severidad y la rigidez de los héroes de Lusacia; de otro su madre, con las liturgias de sus consejos piadosos; ambos en plena contradicción. Todo inútil, pues en el cerebro del genio había caído ya la semilla de los pensamientos que escalaban alturas inconmensurables.

La lectura de la *Messiada* de Klopstock hizo nacer en él la inclinación a la poesía. Plutarco dará después rumbo a su espíritu y el humanitarismo de Rousseau dejará huella en su vida y en su obra.

Ante la rígida disciplina militar de la Academia de la Soledad donde dióle plaza el Duque de Württemberg, reacciona su espíritu con una decidida aversión hacia los estudios militares, y surgen sus primeras protestas poéticas, tituladas «El Estudiante de Nassau» y «Cosme de Médicis». De nada sirve que su familia le obligue a cursar los estudios de la ciencia de Hipócrates, pues en tanto abandona los libros de estudio, se enfrasca con ardor en la lectura de otros, y alterna sus lecturas con la composición de su primer éxito, el drama «Los Bandidos», que, lleno de arrebatos generosos y con una clara tendencia revolucionaria, fué inmediatamente prohibido por el Duque, tan pronto como fué representado en el teatro de Mannheim (1782) y por lo cual hubo de sufrir la advertencia de que nada debiera publicar que no hubiese sido antes autorizado por aquél.

Terminada su carrera de medicina, médico ya de un regimiento, en Stuttgart, abandona lugar y empleo y marcha a Mannheim, donde da a la escena otro drama titulado «Fiesco», que no logra el éxito esperado, por lo que se retira a Bauerbach, en los bosques de Turingia, al lado de su protectora Mad. Wolzogen, donde escribe su tercer drama «Intriga y Amor», también de índole política y social.

En 1787 establécese Schiller en Weimar y la publicación de su «Historia de la defección de los Países Bajos» le vale una cátedra de Historia en la Universidad de Jena.

Por entonces es cuando Goethe y Schiller, estos dos genios que habrán de completarse en una unión espiritual como acaso no haya sido objeto de comprensión en ningunos otros, traban conocimiento en la Corte de Weimar. Goethe siente al principio cierta prevención por aquel que más tarde ha de ser su colaborador, prevención que llega casi a un grado de antipatía entre los dos poetas, sin duda producida por una discrepancia de estéticas. Mas cuando se establece el personal contacto entre ambos, no tarda en producirse la maravillosa chispa de una inteligencia que habrá de durar hasta la muerte. Una atracción singular nace en aquellos dos espíritus geniales, es evidente la «afinidad electiva» que les une. Juntos colaboran en «Las Horas», revista mensual fundada por Schiller. Disgustados por el realismo chabacano que impera en el teatro de Weimar, se lanzan a la ardua tarea de su depuración artística, y consiguen que en él se representen las obras maestras de Racine, de Voltaire, de Shakespeare y del propio Schiller.

La influencia que esta amistad produjo mutuamente en ambos se observa claramente en sus obras respectivas, pues si bien Goethe fué el iniciador del *Wallenstein*, en «Hermann y Dorothea», de Goethe, cénit de la íntima comunión de su amistad, se advierte la influencia del sentimiento más sutil, más pronunciado de Schiller; es Schiller quien estimula a Goethe para que prosiga su obra del *Wilhelm Meister* y del *Fausto*, y como muestra de esa perfecta comunión existente, escriben juntos «Los Genios», colección de epigramas, pequeñas piezas satíricas que producen sensación, lanzados contra los eruditos «a la violeta» de la época.

Goethe le dice: «Os debo el saber contemplar las diversas fases del hombre interior. Me habeis dado una segunda juventud y vuelvo nuevamente poeta en el momento en que había dejado casi enteramente de serlo».

Al ardiente romanticismo de Schiller presta Goethe el equilibrio de su excelsa inteligencia. Se compenetran y se completan, por esa misma diferenciación de sus pensamientos que ya advirtió el propio Goethe.

Schiller ha producido entretanto la «Historia de la Guerra de los Treinta años», de la que se aprovecha para hacer despertar ideas y sentimientos elevados. Se aplica también a la filosofía, y de sus investigaciones, nacen la «Teoría de la Estética» y las «Poesías filosóficas» entre las cuales son de admirar, entre otras, las tituladas, «El ideal de la vida o el reino de la vida» y «La Campana». En el «Almanaque de las Musas» publica sus sentimentales baladas y traducciones de Virgilio y de Eurípides, y también dedicó su ingenio creador a la escritura de algunas novelas tales como «El Visionario» y «El Tabernero del Sol».

Mas donde ciertamente escala Schiller el lugar que tenía reservado en la Historia, es en sus magníficos dramas: «María Estuardo» (1800), «La Doncella de Orleans» (1801), «La Prometida de Mesina» (1803) y «Guillermo Tell» (1804). Es esta última su

(Continúa en la página siguiente)

EL PRECIO DE UNA VIDA

¡¡UNA PESETA!!

Por ADELINO GOMEZ LATORRE
Sinceramente, a la notable escritora y conferencista
Carmen Perarnau de Bruse.

El objeto funesto, la base del crimen, la madriguera de la miseria, el origen de muchas calamidades, giraba vertiginosamente sobre su eje.

Era como el faro milagroso que en cruda noche de tormenta guía al infortunado navegante sobre las encrespadas olas de un mar embravecido.

Es el rayo de esperanza que, hábilmente maniobrado, lanza el torrero al hermano en peligro, quien, presa de mortal ansiedad, boga en su débil embarcación hacia el seguro refugio que se le brinda, tratando de evadirse, con desesperados esfuerzos, de los violentos zarpazos que el enfurecido y canibalesco mar le lanza, entre sonoras y sarcásticas carcajadas, cuyo tableteo hiela la sangre al repercutir como un eco en las infernales gargantas de Satán y sus secuaces, allá en los ámbitos del Averno.

Aquellos ruidos descompuestos y escalofriantes que bullen atropelladamente en los oídos del marino, es la voz de la Sibila de Cumas que desde su antro recita la oración terrible que precede a la tragedia mortal.

Momento emocionante aquel en que nuestra vida depende de un milagro. Funesta aquella macabra sonrisa del «croupier» que, abriendo sus fauces de humana fiera y fulgurando sus felinos ojos de codicia, exclama: «las negras han perdido»; y la maneta labrada con coquetería oriental, atrae hacia sí todo el montón de monedas que descansaba sobre la mesa y que, al ser arrastradas, gesticulan descompuestamente produciendo el mismo sonido de aquella altisonante orquesta infernal.

¡Arruinado! —murmura entre dientes el empedernido jugador, contemplando compungido la cadencia de la ruleta que sigue bailando impasible, atrayendo las miradas fatigadas y borrachas de avaricia del aristócrata auditorio.

Y, metódicamente, introduce su

producción magistral. La historia o leyenda del caudillo ciudadano de Burghen, le conmueve. El gesto de quien arrostra el peligro de ser condenado a muerte por negarse a saludar el gorro ducal de Austria, puesto en la plaza Aldorf por el gobernador Gessler de Brunnek, es algo que hace vibrar sus íntimas convicciones, sus ansias de elevación moral, y de la fructífera reacción nace esa obra inmortal, donde Schiller da muestras una vez más, y por vez postrera, de su amor a la libertad, su musa de por vida, porque cantor de los puros sentimientos elevados fué sobre todo.

Mas como el cohete lanzado hacia lo alto, que estalla una vez logrado su cénit, en un torrente de estrellas, como su máxima lu-

temblorosa mano en los bolsillos del impecable frac, tratando de encontrar el billete salvador, mientras sus oídos todavía parecen escuchar aquella escalofriante voz del «croupier»: las negras han perdido... «las negras han perdido»... y sus dedos no cesan de escarbar en todos los huecos de su traje, sin lograr el objeto apetecido. Por fin, tropiezan con una moneda. ¡Bah! ¡Una moneda! —exclama para sí el jugador extrañándola sobre su palma. Una simpática peseta, rezumando coquetona alegría por todo su cuerpo, se muestra orgullosa en la temblorosa mano.

¡Una peseta! —vuelve a murmurar entre dientes el arruinado— y al ir a arrojarla lejos de sí, detiene su impulso sonriendo. Todavía valgo algo —se dice—. Mi vida va a costar una peseta. Paradojas. ¡Todavía necesito comprar una muerte para mí por ¡una peseta!... Ja, ja, ja... ¡¡Una peseta!!; y dando tumbos sale de aquel antro, bulléndole en los oídos aquellas siniestras palabras: «Las negras han perdido»... «Las negras han perdido» y sus pasos se encaminan a una armería. En la mano conserva aún la última peseta que al arrojarla violentamente sobre el mostrador, ríe con cristalina voz. ¡Plomo! —exclama el jugador—. Deme plomo por esa moneda. Calibre nueve, corto... y ansiosamente recoge y guarda el producto de su compra.

Un solo disparo en la sien bastó para que el aristócrata arruinado comprara su vida. No valió una peseta, sino un real. Pudo economizar-se tres.

El lugar donde cayó el suicida, es sagrado. Los caminantes, al pasar, escuchan una voz salida de ultratumba que dice: «Las negras han perdido»... «Las negras han perdido», y tras de una pausa: «Ja, ja, ja, ¡Una peseta cuesta mi vida!... Ja, ja, ja... ¡¡Una peseta!!!...»

miniosidad, para morir tras ese instante supremo de su apogeo— así Schiller, después de dar a la posteridad el esplendor cimero de su inteligencia, dejó también de existir.

«Con su muerte me abandonó la mitad de mí propio ser» —dijo Goethe—. También las letras universales perdieron entonces al maravilloso cincelador de ideas.

El 9 de este mes de Mayo, se cumplirá el 130 aniversario de su muerte. Sirvan estas rápidas líneas biográficas de humilde homenaje a su recuerdo.

J. MENDEZ HERRERA

Triptico literario

Muy lamentable es cuanto acontece en el campo literario, y sobre todo en la Prensa del género.

En un breve —relativamente corto— lapso de tiempo, han aparecido y desaparecido tres revistas literarias, que se esforzaban, desde sus diferentes estilos y matices, en alentar la «nueva» literatura.

Todos los conocereis: «Frente Literario», «Surgir» y «Cuento Nuevo».

¿A qué ha obedecido esto? He aquí una pregunta que siempre quedará sin contestación. ¡Absurdos! ¡Incomprensibilidades! Ello es lo cierto que han desaparecido, como desaparece un viajante de comercio de un lugar... Haciendo creer, alentándonos en la esperanza de que volverían.

Pero el tiempo pasa, el nombre muere, y las actividades periodístico-literarias se enervan en lógica somnolencia.

¡Ahora que esperábamos saborear las vitaminas provechosas de juveniles ardores y creadores espíritus!...

Esto es brillar con la fugacidad incierta de estrellas ruborosas que aparecen a intervalos y dejan de brillar definitivamente, como avergonzadas de sus audaces exhibiciones, más bien «apariciones» debiéramos decir, puesto que esto constituye parpadeos insólitos.

Casi, casi, vienen estos hechos a demostrarnos la espontaneidad fugaz de una idea, que se desvanece ante los primeros obstáculos.

Y bien mirado ¡se tropieza con tantos en esta vida!... que el fracaso pudiera existir en todo, desde la sensatez intelectual, desde nuestro uso de razón.

¡¡Han muerto tres revistas de noveles!... ¿Poco fervor? No sabemos. De todos modos, ¿quién sabe? A lo mejor algún día nos vemos sorprendidos con el milagro de la resurrección de alguna...

AZULIN

ESQUELAS y Recordatorios de defunción, en el acto, en

LA NORMAL

San Bernardo, 67. - Teléfono 27037

HUELLA SAGRADA

En los días de nieve, cuando los copos impolutos iban dejando su pincelada blanca por doquier, sobre la extensa sábana que cubría los caminos, marcábase un surco, que era como el reguero guiador de los niños perdidos de los cuentos de hadas. La recta señal que se alargaba sobre la nieve, semejaba la rodada de un carro de una sola rueda, ancha y desigual, que grabase su equilibrado paso sobre el paisaje nevado.

En los días de otoño, cuando los chopos y los castaños se despojaban de sus vestiduras para quedar esqueleticos, como brazos desnudos tostados por el sol, sobre la mullida alfombra de hojas secas, abriase un camino estrecho, cual la barredura de andarina escoba que se moviese en una sola dirección.

En las mañanas de Abril, cuando el llanto del cielo saciaba la sed de las entrañas de la tierra para que germinase en ella el pan de los humanos, en la fangosa carretera, era un carril negro el que se extendía a lo lejos, cual si la reja de un arado tirado por invisible yunta, hubiese marcado un surco superficial y estéril por el camino real.

Y en las tardes de la canícula, cuando el sol calcinaba, sobre el polvo sofocante del sendero levantábase una nubecilla tenue que se perdía en el aire pesado de bochorno.

Era Lucía un ángel caído por descuido sobre la tierra. Un ángel andrajoso y desgredado, un ángel sin alas impolutas ni carnes nacarina. Pero, a pesar de todo, y contra la creencia de todos, Lucía era un ángel. No brillaban sus ojos con ese puro fulgor de los querubines que vuelan entre nubes en los cuadros de las catedrales, mas tenía un algo angelical que era como un efluvio misterioso de bondad suprema. No eran sus labios rojos y carnosos como los de los célicos pobladores, mas de ellos jamás salió una frase que no pudiese haber nacido en boca celestial.

Y para que menos lo pareciese, aunque lo fuese, el ángel desplazado de su centro mostraba la triste figura de su cuerpo deforme; una de sus piernas, esqueléticas y pingajosas,

hacia que su pie, calzado con gigantesca bota, arrastrase siempre su inutilidad por los suelos. El ángel que parecía demonio, era cojo.

La mansión del ángel era infernal albergue. Misera choza, hórrido tabuco, peor aún, espelunca prehistórica, eran las paredes de adobe que resguardaban su cuerpo del sol y del aire. Allí, sobre un montón de harapos hacinados en forma de colchón, recostábase el cuerpo paralítico de la madre del ángel. ¡Y a la madre del ángel llamábanla bruja! Horrible páradaja que no ocurre más que en la tierra. Brujas que engendran ángeles no se ven más que en nuestro mundo. En los otros, en los espacios ig-



notos, dan al César lo que es del César.

Y sucedió que tenían hambre. Que el cuerpo viejo se consumía inmóvil en su lecho de muerte. El ángel cojo volvía todos los días del atrio de la iglesia con unas escasas monedas, momentánea tregua a sus estómagos famélicos. Y un día fué menor la limosna, y otro, no trajo en sus manos más que un temblor de frío y de terror al verse acosada por los golfillos que perseguíanla cantando con insistente soniquete:

Luciiii-a la bruuuuu-ja
con el diablo se arrebuuuu-ja,
Luciiii-a la cooooo-ja,
cuando llueve no se mooooo-ja.

Y una noche, haciendo honor a su remóquete, a la hora en que las auténticas brujas cabalgan en sus escobas camino del aquelarre, llena de angustia al ver cómo los ojos de la enferma se apagaban, salió el ángel cojo en busca de pan, y ya muy de mañana, regresó renqueando a su guarida.

En sus manos traía unas monedas y en sus entrañas un hijo.

Corrieron los días. Ahora, el ángel sale todas las mañanas con su carga a cuestas— la suave carga de su hijo— huyendo de la aldea donde la apedrean por su grave pecado, para mendigar en los pueblos cercanos. Y son los mismos pequeñuelos de antaño los que, siguiendo la huella que su bota deja en el camino, la persiguen con su eterna cantinela. Ella hubiera marchado para siempre del lugar aborrecido, pero en el estrecho zaquezami hay un cuerpo inerte que sabe besarla con los ojos llenos de lágrimas, pidiendo que no le abandone.

Angel al fin, una mano llevóselo un buen día hacia sus lares.

Las furias del cielo desencadenáronse sobre la tierra; desbordóse el río y sus aguas sin freno inundaron huertos y derrumbaron chozas. En el misero cobijo, hallaron muerta a la vieja entre montones de barro.

Y en el campo devastado, yace también cara al cielo el ángel que arrastró su calvario sobre la tierra, abrazado al fruto marchito de su vientre.

En torno al ángel muerto, se agolpan los curiosos que murmuran horrores de la tragedia. Cesada la tormenta, oyóse el gluglutear del agua por las acequias. Va abriéndose el cielo en su negrura y entre el algodón sucio de las nubes, surgen jirones de tul. Los mozalbetes entonan en voz baja la canción injuriosa y sonríen al pensar que el diablo llevóse a la bruja a sus cavernas. Alguien susurra:

—Ya no veremos más por los caminos la huella de Lucía a coja.

¡ LA GUERRA !

1914. La guerra da sus primeros pasos en Sarajevo.

¡Sarajevo! ¡Horror, maldición, guerra! La guerra asoma sus fauces y quiere que se sacrifiquen vidas, ¿qué importa?...

Huracán inmenso. Volcanes de odio. Ceguera y pasión. Todo pasa cual torbellino arrollador. Locas ansias de destrozarse.

Tocan las trompetas invitando al combate ¿de quién será la victoria?...

Absurdo afán de sacrificar vidas inútilmente. Sin embargo, la catástrofe está encima. ¡Ya no hay salvación posible!

Rojo gris, rojo color plomizo. La guerra ya es un hecho: está encima.

La guerra ha estallado inesperadamente. Los hombres son movidos de un sitio para otro. ¡Nunca saben dónde van!... Lo único que les preocupa, es la triste realidad de los desenlaces.

Hedor frío, sangre coagulada, titilante, y degeneración de los sentidos ¿es poco?...

Las fosas llenas de cadáveres. Ambición loca de luchar. A cada paso, la muerte que continuamente les sigue. Y todos los caminos igual. Po-

Por entre el grupo de insolentes se han abierto paso unos brazos fuertes que, cerrando los puños, increpa a los crueles:

—¡No, no la vereis más, corazones de piedra, almas de barro, entrañas de sabandijas! ¡No vereis más la huella de su bota por las veredas nevadas ni por los caminos polvorientos, porque era un ángel y voló al cielo! ¡Pero cuando mireis a él si vereis la huella de su pie, que también allí se marcará el surco sagrado de su paso lento!

Y como poseído de un satánico furor, gritó con más fuerza, señalando al firmamento rasgado por los siete colores del iris:

— ¡Miradla; miradla ahora, perros inhumanos! ¡Mirad cómo en el cielo también deja su huella sagrada la bota del ángel!

Los mozalbetes, sintieron un ligero temor al ver dibujarse el arco de paz; santiguáronse las viejas; mas después, con cínica sonrisa en sus labios, alejaron murmurando:

— ¡Bah! Es Adrián el loco, que cada día lo está más.

J. M. H.

Ilustración de Vicente Santos Sáinz.

co suele variar el paisaje.

¡Odio, muerte! ¡Horror sangriento! ¡Hedor frío! Sudor pensando en el destino.

Ansias locas de vencer. ¡A cada paso un cadáver! Ese, ya terminó para siempre.

El odio desencadenado deja por doquier las horribles huellas de su paso. Los pueblos ya no son pueblos, son escombros y cenizas.

Descargas mortíferas. Fuego en el aire. Fuego en la tierra, y fuego por todas partes.

Días grises y solitarios. Cansancio abrumador. Fatigas interminables ¡Todo la guerra!...

Los hombres ya no luchan. Están rendidos, exhaustos y no tienen alientos para luchar. ¿Cuándo terminará todo esto?... Parece ser que nunca.

Explosiones continuas. La bayoneta atraviesa cuerpos y más cuerpos. La ametralladora no cesa su tableteo.

Los hombres van muriendo, como si no fueran nada. ¡Esto, esto es la guerra!...

1918. Noviembre. Días grises de albores rosados. El armisticio, por fin, ha llegado. Día azul y día de gloria. Día magnífico en que se ganó la sublime batalla...

Los fusiles callaron. Cesaron los cañones de vomitar fuego. Llegó la paz, después de la terrible tempestad.

Hombres jubilosos porque la guerra terminó. Pero, los hombres, ya no son hombres: son juguetes. Ya no son luchadores, son los más grandes pacificadores de espíritus.

Los países han quedado rotos para largo tiempo, y no quieren que la guerra vuelva. Han salido lo bastante asqueados de ella y, no sólo no la quieren sino que la odian.

Los ojos se nublan al creer que esto pueda ser verdad. Creen que es un engaño, y vuelven la vista atrás: tras de ellos ven los estragos causados por la maldita guerra.

¡En fin! la guerra duerme. Dejémosla dormir por mucho tiempo...

Sin embargo, todos presentimos la triste verdad, la verdad trágica, la verdad inenarrable. La verdad triste por esencia, como todas las verdades. ¡La guerra viene!... Los presentimientos no engañan. Y no podemos negarlo. Tenemos el presentimiento de que esta paz no será duradera.

Mas, de nosotros depende todo ello...

EMOCIONARIO

¿Rien?... Rien...

Junto al mar — azul como ojos de mujer — anda el poeta despacio. Lee. A intervalos breves, alza la cabeza; mira al mar, mira al cielo, y se abisma de nuevo en la lectura. No oye, no presta atención a nada. Está comiendo el pan espiritual.

En lo alto, una nube, cuyos contornos perfectos no sabemos coger los humanos, semeja correr para que el crepúsculo no la sorprenda en su camino. La cenicienta huye ante el temor de las doce campanadas. Un marco — manchurrón negro en el límpido azul — deja su voz — grito de desgarramiento interno — en el silencio del puerto.

...y el poeta alza la cabeza, y con la mano tócase los ojos cansinos. Declina la tarde. El cielo, como si aún más arriba hubiese algo — una hoguera — aparece encendido... Llamas rojas, sangre que se esparce... Camina el poeta hacia la ciudad. Luces. Cabezas diabólicas que llevan dentro una bombilla. Cambia la fisonomía de la ciudad. De día una, de noche otra. Entra pausadamente el poeta. Unos jóvenes rien sarcásticamente. ¿De quién rien? ¡Oh! Rien del poeta. ¡Infelices! Más valiera ser eso: jóvenes. Rien. ¡Qué sensación de lástima! Bien es verdad que sólo saben reír; pero de qué manera se rien... ¡Ni eso saben!

¿Y quiénes son los que se han reído del poeta? Jovencitos que tienen el cerebro hueco, que no sienten nada en su interior, que no saben de amor, que no saben de alegrías, de penas; que no saben pensar. Las cosas más sublimes les sirven de mofa.

¡Apartaos! Apartaos lejos. Vosotros no teneis derecho a rozaros con ¡¡los poetas!! No sabeis siquiera inclinaros, escuchar.

El poeta ha mirado. No ha dicho nada. Ha seguido su camino.

La luna le ha visto, y ha hecho un gesto admirativo.

Manuel ARQUES SUCH

CLASES PARTICULARES

Preparación Bachillerato, Cultura general, Solfeo y Piano. = =

Mesón de Paredes, 25

¡La guerra está encima!... ¿Sabemos lo que es la guerra?... ¡Un paso atrás en la civilización! ¿Acabaremos o no, por ser civilizados?...

José ASUNCION

Las tribulaciones de un sabio

CUENTO

Preámbulo: Ponedlos frente a frente. Eso es: cara a cara. Acaso alguno se asuste, ¿El, o el tiempo?... ¿quién de los dos?... Seguramente él.

Con las gafas en la punta de la nariz— roja como un pimiento— las manos a la espalda, apretadas, extrangulando aire, y encorvado, medía inconscientemente las junturas de los baldosines, mascullando palabras y más palabras:

—¿Estará la humanidad en su juicio?... ¡Bah! ¡Bah! ¡Todos locos!... Pero, bueno ¿para qué me rompo yo la cabeza pensando estas sandeces? ¿que estan todos locos? Que lo estén. ¿A mi qué? ¿A qué viene esta preocupación? Pero, Señor ¿a esto... le llaman... vi-da...? ¡Qué porquería!

Escupió las últimas frases junto al balcón. De pronto, arqueó las cejas —Ja, ja, ja!... ¡Ahí va que tío más chalaol!...

Y el cristal de una risita sobradamente argentina, irrumpió en el anatematizado el ambiente.

—¡Húmmm!— gruñó muy prolongadamente el viejo. Y se tranquilizó. Luego recorrió con rápida decisión el cuarto, y miró furibundo a todas partes.

—Esto no es vida. ¿quién ha dicho que esto es vida? Yo digo que no es vida y lo sostengo. A ver: que me lleven la contraria... que me rebatan con argumentos tangibles... —y buscaba con los puños en alto al invisible contrincante.

—Después de todo ¿qué necesidad hay de esto? Yo vivo tranquilo en mi casa, y de pronto ¡cataplún!... Esta tristeza, este hastío, este aburrimiento... ¿quién oprime mi alma? ¿Nadie? Entonces, ¿por qué estoy triste?... Que nó, hombre, que nó. Esto nó es lógico ni natural. Sin embargo, sí, tiene una explicación. «Nadie se libra de una invasión de nuevas ideas que conmueven a la vida habitual...»

Se sonrió muy tristemente. Casi con sonrisa de muerto.

—Es verdad. El alma no vive. Siempre el negocio: esa es la razón principal y ¡claro! no hay tiempo de pensar en uno mismo. Parece vivir uno feliz, y, cuando menos lo espera, surge, aprovecha el momento inesperado y aparece. ¿Cuál es tu negocio? ¿Por qué piensas tanto en él? De todos modos, debemos morir. ¿A qué nos preparamos entonces? ¡A la muerte! ¿Y para esto tanto luchar? ¡Oh! El alma hace pensar en esto. Piensa en ti mismo, hombre,

porque ninguno sabe su hora... ¡Señor, Señor, ten piedad de nosotros!

Se estremeció, e involuntariamente miró donde estaba la cara de Dios. Las sombras que lanzaba la lámpara, movíanse sobre ella, y la hacía aparecer sombría y severa. Parecía pensar en algo grande y penoso. El sabio sintió frío en el pecho. ¿Y si se muriera ahora mismo? Es cosa que suele suceder; de pronto, sin enfermedad ninguna, caen los hombres y quedan muertos...

Ya era muy de noche. Pero él no tenía sueño.

¿Y si paseara por la ciudad? Quizás se distrajera un poco. Pensar en tan terrible preocupación, le quitaba la vida.

En la calle se tropezó con un noctámbulo, un rezagado vendedor de periódicos que trituraba una vieja canción:

«Cuán bella es la libertad si se puede gozar de ella.»

—¡Eh! ¡Hola! Buenas noches.

El sabio miró turbado al muchacho: —Buenas noches— Después silabeó con envidia: —Cómo se ve que te diviertes.

—Ya lo creo. Mientras haya tiempo y ganas ¿por qué no vamos a divertirnos? Tiene que haber tiempo para todo: tiempo para divertirse y tiempo para trabajar.

El sabio pegó la cabeza al pecho. El trasnochador le regaló una mirada de reojo, y se fué silbando entre dientes. Cuando el viejo levantó la vista, se encontró solo: —¡Perra vida!

Deambuló largo rato de acá para allá. Las casas le parecían tristes; las calles de asfalto brillaban con la luna, y, en algunos sitios reflejaba opaca luz de los mecheros de gas. Por cierto, que uno agonizaba con revivimientos postreros. Se plantó ante él para observarlo más a su gusto. Su lucecita era muy débil —como su alma cuando fuera a morir, pensó— y gastaba sus últimas energías luchando por una vida que se le negaba. —¡Pero qué bestialidad! ¿Se nos niega la vida?, pues no luchemos. Resignémonos a perderla. ¡Siempre el espíritu de la contradicción...»

La tenue lucecita intermitente parecía pedirle ayuda. Le dió lástima, cerró los ojos para no ver más calamidades y se marchó.

Pensó en el vendedor de periódicos: —¡Ese sí que vive feliz!... vive y no piensa en nada, no le mo-

lesta ninguna idea, y, sin embargo, claro es que también tiene alma...

—Su pecho roncaba asmático interiormente. Sentía un dolor raro que le entristecía más y más: —Señor, ¿que haría yó? —pensaba poniendo cara de angustia y mirando al cielo. Bajó los ojos tristes y cansinos. Allí, dos estrellas le enviaban guiños burlones, y la luna le hacía una mueca. Siguió caminando siempre obsesionado por una misma idea. Ahora se encontraba en un paseo de árboles. Tuvo tentación y se sentó en un banco. Allí volvió a pensar: —Y como el vendedor de periódicos hay muchos. ¡Ya lo creo! Viven por vivir... por eso. Porque viven, porque han venido a este mundo y tienen derecho a vivir. ¡Sólo a vivir! ¿y a pensar?... Sí. Pensar, nadie piensa. Pensar, discurrir, que es lo más interesante... ¡que lo parta un rayo!

Los árboles murmuraban sobre su cabeza, y, como barriendo el cielo, pasaban rápidamente algunos jirones de nubes.

Tampoco le agradaba aquel ambiente. Se levantó.

Pasó por delante de una puerta abierta.

—¡Hombre! —se dijo— he aquí la solución. Beberé, sí, señor; beberé y se me pasará esta tristeza.

Una vez sentado, bebió de un sorbo el vaso de aguardiente; suspiró y se apoyó en el respaldo del sofá.

—¿Acaso se puede comprender uno a sí mismo?... Dichosos los que pueden comprender el cómo y el porqué. Pero nosotros ¿lo podemos comprender acaso?

El aguardiente le bajó abriendo regueros de fuego. En lo más profundo de sí mismo, sentía algo que le roía; un algo que le mordía las entrañas sin descanso. Bebió, bebió hasta hartarse. El rostro lo tenía congestionado.

Dando traspies salió a la calle.

A lo lejos, ya iba amaneciendo. Algunos automóviles interrumpían el silencio, y algunos gallos— creación quizás de su fantasía— cantaban lejanos, muy lejanos. El atribulado sabio seguía con su obsesión: —La vida no es más que una sucesión de emergencias, una oscilación, un estremecimiento...

Sin embargo, sus mismas palabras no le calmaban.

Dió unos cuantos pasos. Hizo dos eses ridículas, se cogió la barba con ambas manos, y se desplomó pesadamente. Había encontrado la única solución para sus tribulaciones. Los gallos de la fantasía seguían cantando...

E. LICES y TURIÑO

TEMAS DE ARTE

El grabado y la ilustración



Nebulosas. — Madrid 1935. Recopilación poética: 5 ptas. Dictinio de Castillo-Elejabetia se revela con excelentes cualidades de poeta. Impera en él el estilo renovador, y su poesía es honda y sentida como desgajes humanos.

Profundo sentimiento.

«Vestida de primavera
te encontré por el sendero,
—Cantaba en los bosques
verde silencio...»

Sentires íntimos de bello colorido romántico:

«Azul de mar
Azul de cielo
Azul de aire»

Navegan por su admirable fantasía, figuras de realidad positiva:

—«¡Azul, azul! ¿Dónde escondes
tu primavera de besos?
—En el sendero de lirios
del castillo del recuerdo.»

Es un buen poeta en el género, y reúne sobradas cualidades para pincelar incoloros, pero vivos rasgos sentimentales.—E. L. y T.

Trastuz.—De la colección ISLA, Cádiz. 4 ptas. Pérez Clotet tiene reconocida solvencia en la poesía. Su poesía es de «vanguardia» y su estilo originalísimo. Por eso sus versos requieren concienzudo estudio para penetrar en su profundo significado:

«Para no equivocarme,
te inventé a mi manera.
Aún no te conocía
con los ojos, y ya
te tenía en las manos,
te guardaba en el alma»...

Son sus versos muy emotivos; sugieren todo un espiritualismo, y poseen la gentilidad de un ritmo acompasado y nuevo:

«Acariciaría con cipreses
austeros tu grácil cuerpo.
Ensambreraría tus ojos
con morados pensamientos.»

Pérez Clotet es todo un poeta. Con eso está dicho cuanto se pudiera decir acerca de él.—E. L. y T.

Besar y olvidar después y Jazmines y barro. — Novelas de Rosa España. 5 ptas. Barcelona. En ambas novelas desarrolla Rosa España un mismo tema, cuyo estudio deja, en su terminación, incompleto. Ciertamente que son temas difíciles, sobre todo, en estos tiempos de positiva materialidad. Sin embargo, y bajo el punto de vista literario, su maestría está latente. Son éstos, bellos libros que revelan la inteligencia de su autora, una mujer que salta absurdos y vanos prejuicios, para mostrar tal cual es, con estricta realidad, el amor de hoy.—E. L. y T.

La noble aventura que la Agrupación Española de Artistas Grabadores ha llevado a cabo en su interés por dar a conocer en algunas ciudades de Europa nuestro grabado contemporáneo, ha tenido como colofón el aplauso por tan magna empresa, y la reciente exposición en Madrid de las obras que han lanzado en vuelo al mundo.

Vuelven triunfantes, pero a morir en el olvido en esta España que desconoce y desdeña el mágico arte del grabado calcográfico, al que se le concede desde la esfera oficial un valor secundario. Las clases pudientes o medias no sienten ninguna afición ni interés por las obras de arte; los aficionados a las artes gráficas o coleccionistas de estampas son contadísimos; en España el grabado ha servido únicamente para satisfacer emociones de nuestros altruistas y heroicos cultivadores, que, en el fondo de su alma, han sentido esta imperiosa necesidad espiritual.

Isla.—Tras un largo silencio, reaparecen estas «hojas de arte y letras», editada en Cádiz, y de la que es mentor Pedro Pérez Clotet. Su contenido es extenso, y como única alteración sufrida en este silencio, viene ilustrada con una página dedicada a la «moderna pintura española.»

El gallo crisis.—Revista literaria que publican: Ramón Sijé y Juan Bellod, en Orihuela. Es nueva, y tanto la presentación como el contenido es atractivo. Ramón Sijé nos ofrece un interesante trabajo, y la colaboración es selecta.

Revista del Ateneo.—Jerez. Recibimos el número 67, de extenso sumario: «Pintores Jerezanos», «Arte flamenco, Rubens»; «Esencia», de García Ortal; «Esquema lírico de un cantar andaluz», de Ruiz Peña; «El pájaro del mar», de Pérez Clotet; «Negocio infernal», cuento, de Vázquez Villagrán, etc., siguiendo noticias exclusivamente jerezanas.

Noticias culturales.—Números correspondientes a Septiembre, Octubre, Noviembre y Diciembre. Revista alemana de literatura editada en español. Modesta presentación y destacadas firmas, todas extranjeras. Sin embargo, se hace simpática por su ambiente españolista. Está bien realizada en todos los sentidos.

Literarni Noviny.—Números 7 y 8. Praga-Checoslovaquia.

Noroeste.—Número 9. Zaragoza.

Eco Fraternal.—Número 5. Brasil.

Horizontes.—Números correspondientes a Enero (bello extraordinario) y a Febrero. Madrid.

Cultura.—Números de Enero y Febrero, respectivamente. Madrid.

Hiere en el metal con trazo firme y enérgico; riqueza de rayado, acentuado contraste, aterciopelado y transparente claro-oscuro, para surgir de la prensa misteriosa el fruto de su imaginación; destello de un arte perdurable y vibrante que ha sido vivido y gozado allá en el rincón del taller, siempre animado por ese quimérico batallar por la ilusión del arte... ¡¡¡vano empeño, sin otro estímulo que su propia fe y entusiasmo!!!

Hemos visto cómo la crítica ha alentado y alabado la obra realizada por estos artistas. Contadas estampas fueron adquiridas en el extranjero.

Por sí solo, el estímulo de la gloria va siendo poco eficiente para la vida del hombre artista.

Es necesario la intervención de un nuevo factor que saque del atonismo la producción gráfica y lleve por los derroteros del libro la actividad de nuestros grabadores tan aptos y bien dotados para ello.

Este aspecto del grabador artista es el que en nuestra época se desconoce.

Lo tienen olvidado autores y escritores que, prejuzgado e imaginando gastos cuantiosos, no se atreven a acometer una tan halagüeña empresa, que lograría así fomentar un arte que en España pudiera producir tan bellas muestras.

Dariense a conocer valores nuevos, adquiriendo la ilustración y la estampa un desenvolvimiento que hoy es muy limitado; desenvolviéndose así el enrarecido ambiente que, en torno a nuestros artistas grabadores, ha venido formándose, creyéndoles simplemente conocedores del oficio, considerándoles, sin fundamento, ineptos para la composición e inventiva.

Prejuicios, desinterés, desconocimiento de los distintos aspectos del grabado y del alma del grabador que, viñetista o acuafortista, siempre necesita un temple impetuoso en la concepción, como colorista y como excelente dibujante.

Resta, pues, a los editores, tomar en consideración y con arrestos esta noble empresa en pro de nuestro grabado patrio, resucitando la tradición de los impresores del siglo XVI que dieron a la estampa sus libros avalados con las ricas xilografías de artistas tan notables como Shongauer y Durero.

V. S. S.



Ventana poética

Aún es pronto

Volvió encogida,
febril, tremante;
carga de errores era su vida,
turbio fracaso de su desplante.

Sangre en el alma, frío en sus venas;
se deshojaron las azucenas
de sus encantos.

Todos sus llantos
no son bastantes para sus penas.

—Entra —la dijo—, que aquí habrá
(fuego

donde tus lágrimas puedas secar,
y aguas de olvido, con puente ciego,
donde tus manchas puedas lavar.

Pan fresco y blando,
lienzos suaves para tu lecho
donde tus sueños ir deshilando
bajo mi techo.

Nada hay cerrado;
ni en la cubierta de mi alcancía
tengo candado,
ni en mis ventanas hay celosía.

Y si esa vida que hoy dices muerta
sientes un día resucitar,
franca la puerta
te ofrezco siempre para marchar.

Humilde, suave, la aitiva otrora,
como un faldero que tiembla y gime,
alza sus labios de pecadora
por si un buen alma se los redime.

Mas él ha huído por no tocarlos.
—Aún es muy pronto para besarte.
—¿Qué he de hacer antes para lograrlo?
—Tú, nada.

—¿Entonces?

—Yo, sí: ¡matarte!

Arturo LIPIANI

BUZON

En esta sección que hoy abrimos
con ansia de fauce dispuesta a en-
gullirse todo cuanto pongan entre
sus mandíbulas, contestaremos a to-
dos aquellos que nos honren con
sus envíos literarios, por riguroso or-
den de llegada a nuestra Redacción.

Los trabajos en prosa no debe-
rán exceder de cuatro cuartillas y los
poéticos de 40 versos.

Excusado es decir que tenemos
verdaderos deseos de que sean mu-
chas las composiciones que puedan
ver la luz en nuestras páginas y, den-
tro de nuestro criterio, procurare-
mos, sin embargo, que nos rija un
impulso de selección.—*La Redacción.*

Horizonte infinito

Horizonte infinito,
llanura inmensa,
nos lleva la vida
por caminos oscuros.

Nos cierra el camino.
La Naturaleza nos manda:
sombras inertes,
como muertas.

Allá donde resplandece el campo,
donde las plantas respiran el ámbar,
puede discurrir la vida
y sentir piedad de los que lloran.

Ven, acércate —nos dice—,
y lejos, muy lejos, marchemos,
que la luna se extiende, brille el sol
y quedemos solos.

Mas sigue acompañado
—compañía dulce—
y aromatizado el campo
que vida nos presta.

José A. LAFUENTE

Mujer nuestra

Porque luzca en el mundo
la antorcha de la fe.
Por la paz venturosa de las almas
¡no nos faltes, mujer!

Porque la gloria santa
inunde nuestro ser.
Porque el amor sagrado no perezca
¡no nos faltes, mujer!

Tú, el tesoro mayor de cuanto alienta,
flor de la humanidad,
no nos dejes caer en el pecado
y libranos del mal...
porque tuyo es el reino,
por una luminosa eternidad.

Para la salvación de nuestras almas
bendícenos con paz
cuando envuelvan tus brazos nuestro
con beso maternal. (cuello

Porque alegres vivamos
y que «nuestra» podámoste llamar
cuando anide en tu cuerpo la caricia
de la fecundidad...

Y que seas la luz de nuestros hijos,
¡no nos faltes, mujer!
porque tuyo es el reino,
la belleza y la gloria,
por los siglos y siglos ¡Amén!

Eduardo OTERO Y MAGRO

Momentos

¡Rosas! Lindo capullo de rosas de te
es tu boca cuando me la ofreces pa-
ra sellar el dulce pacto del amor.
Niveas rosas son tus manos cuando
acarician suavemente y rosas de fue-
go son tus ojos cuando miran apa-
sionadamente. Ante tanta belleza,
quedo mudo de admiración y solo
puedo ofrecerte, como una rosa más,
la fragante rosa de mi pasión.

Carmen PERARNAU

Taberna

Horizontales mesas,
horizontales vasos,
rebosantes y plenos
de gordo vino blanco.

Horizontales rostros
con armoniosos gestos,
horizontales coplas
con guitarra flamenco.

Palabrear gitano
sobre mil cosas vanas,
un jaque hablando alto
con la mano en el vaso.

Alcohol, líquido blanco,
pensamientos confusos;
en los bancos, vorágine
con altercados bruscos.

Alcohol, líquido blanco,
verticales palabras
con verticales gestos
y verticales facas.

Alcohol, alcohol, alcohol:
horizontales cuerpos
que yacen sin palabras:
Alcohol, Horizontal Coy.

J. LOPEZ CUERVO

Playeras

1

¡Qué amarga!
Qué amarga que está la mar.
¡Qué amarga!...
¿Se habrán disuelto mis penas
en el seno de las aguas?

2

¡Qué verde!
Qué verde que está la mar.
¡Qué verde!...
¿Acaso mis esperanzas
sobre las olas se mecen?

3

¡Qué buena!
Qué buena amiga es la mar.
¡Qué buena!...
Cómo sube por las rocas,
cómo juega,
cómo recorre la playa
por la arena,
cómo avanza,
cómo llega
sumisa a besar mis plantas.
¡Qué buena!...

Antonio ESTEBAN MAMBRILLA



PRECIO DE SUSCRIPCIÓN

Madrid, un año..... 2,25 pesetas
 Provincias, un año..... 2,50

REDACCION Y ADMINISTRACION: MANZANA, NUM. 5

Ansias de luchar

Dilatados campos, desolados y yertos. La mirada se extiende por doquier y no se ve ni un huerto, ni una viña, ni siquiera un árbol. En los cerros, pedruscos y liagas; en los arroyos, agua turbia; en los caminos, lodo. No hay en toda la campiña nada que pueda mirarse sin sentir un leve escalofrío, pues hasta el cielo, tan claro y azul otras veces, está ahora triste, cubierto por negras nubes que presagian tormenta.

Un zagal de trece años, puesta su débil mano sobre la fría esteva, va tendiendo en hondos surcos una vasta ladera, única tierra que puede labrarse, ya que el agua cubre los campos llanos. Arrastra de uno a otro lado enormes pellas de barro pegado en sus rústicas albarcas. Marcha jadeante, sudoroso, rendido por la ardua tarea. Se detiene para descansar unos instantes, pero el frío le obliga a continuar la faena.

La noche se echó encima. El infeliz labradorcillo está extenuado. Con improbables esfuerzos carga el arado sobre el yugo, cabalga su vieja yunta y emprende el regreso al pueblo. ¡Cómo ansía llegar a su hogar, para calentar su aterido cuerpo al amor de la lumbre!

En su larga caminata, su viva imaginación le sugiere fantásticos proyectos; ensoñaciones que si se trocaran en realidades, le redimirían para siempre de aquella mísera vida, que más bien es esclavitud.

Muere Septiembre, Otoño. El alba dió paso a un día magnífico. Felipe, que así se llama el pequeño labrador, sufre el doloroso momento de la separación de los suyos. Pero

LA NORMAL

Imprenta, Papelería y Objetos de escritorio.

Primera casa en estampas de comunión. Entregadas en el acto.

San Bernardo, 67. - Teléf. 27037

en medio de esos pesares que le embargan, hay una esperanza que nace alborozada. Marcha hacia esos mundos de Dios, sin más bagaje que un asno esquelético y costoso, cargado con dos cubetas de aguardiente, que él espera han de aumentar la escuálida fortuna que esconde en sus bolsillos.

Así recorre, uno tras otro, los pueblos vecinos. Cambia el producto de su venta por los frutos verdosos de la tierra madre. Chalanea con su borriquillo, que lo trueca por otro ejemplar quizás peor, que pueda seguir con él a la ventura. La nueva cabalgadura apenas si camina; ha de prestarle su esfuerzo para seguir la ruta. La senda está repleta de fatigas, de zozobras y hasta de hambre. Pero sus ansias de luchar le prestan fuerzas para vencer todos cuantos obstáculos se oponen a su paso.

Casó Felipe con el correr del tiempo. Ya no lleva, como en los primeros meses de su vida errante, un mísero borriquillo del roncal. Un excelente caballo enganchado en un lustroso carricoche, que resguarda sus tablas con un toldo para preservarse del agua y de la lluvia, le acompaña ahora. Su pasado comercio creció con desarrollo inusitado, y, actualmente, su tráfico abarca todo cuanto cae en sus manos.

Ya tiene varios hijos el buen Felipe. Ese nuevo cariño que nació en él, le presta ánimos para acometer grandes empresas. No quiere que esos trozos queridos de su alma y de su carne pasen por los pesares que él sufrió antaño. Trabajar, eso sí, ya trabajarán cuando sean fuertes y grandes. Pero hasta entonces, él luchará incansable. Claro es que no en todas las empresas tiene éxito, pierde en unas y gana en otras. Mas cuando pierde, conserva la serenidad que habrá de hacerle recuperar pronto lo perdido. En sus ojos brilla siempre

LA NORMAL

Antonio Rodríguez

Imprenta-Papelería. - Material para oficinas y dibujo, relieves y toda clase de impresos para la industria, banca y comercio

San Bernardo, 67. - Teléf. 27307

una franca alegría. Su boca sonríe continuamente, con una sonrisa dulce y noble, como si estuviera seguro de lograr lo que desea.

Avanza, en tanto, el tiempo con rapidez. Las largas vigiliias y los trabajos pasados han dejado un surco nublado junto a sus ojos. Blanquean ya sus cabellos, y sus espaldas se encorvan al peso de los años. Pero en su alma aún conserva los bríos juveniles. No quiere descansar, aunque pudiera, porque ya logró fortuna para ello. Habrá de trabajar hasta la hora postrera.

Ansias de luchar... y de vencer. Las tuvo en la niñez y las conserva en su vejez. No las perderá mientras viva. Y así como aquel héroe que se llamó Churruca que aún gritaba ¡fuego! cuando se sentía morir, así Felipe, cuando sienta acercarse su hora suprema, conservará arrestos para recordar su pasado y llevar al ánimo de sus hijos, de sus sucesores sobre la tierra, esas nobles ansias de luchar que diéronle a él el triunfo.

¡Que el ejemplo de su figura noble y sencilla, laboriosa y honrada, se esparza sobre la tierra como semilla bienhechora!

Herminio MOYA

COLEGIO - ACADEMIA SPENCER

Preparaciones especiales para toda clase de oposiciones. Cultura general, Bachillerato, Dibujo, Música, Contabilidad, Taquigrafía y Mecanografía.

Ronda de Atocha, 14 pral.

GRÁFICA TUNDIDOR.—RUIZ, 8. TELÉFONO 23559